



Hipertexto 16
Verano 2012
pp. 16-27

Violencia y apocalipsis en *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo

Virginia Capote-Díaz
Universidad de Granada

Hipertexto

Inmiscuidos en un período de crisis de las sociedades modernas, a nivel tanto de las estructuras político-económicas que las sustentan, como de los valores que las representan, contemplamos, en ocasiones, cómo el clima social se ve vencido por un ambiente general que camina a pasos agigantados hacia una sensación de apocalipsis¹ de los sujetos y los mundos de los que participan. En medio de este contexto, a menudo, surgen estructuras narrativas cargadas de fórmulas y símbolos que tratan de reflejar una situación en conflicto con la finalidad de alertar a la humanidad ante la entropía reinante en ciertas sociedades y el abismo al que peligrosamente se avecinan.

Narradores de tendencia transgresora con su contexto histórico, político y cultural configuran relatos en los que la visión apocalíptica y de cataclismo humano vienen a expresar el rechazo a tales sistemas así como el sentimiento de impotencia, angustia y desolación ante semejantes situaciones. Es así como este tipo de discurso se hace más prolífico en el interior de realidades nacionales en las que el conflicto se convierte en el protagonista social y en las que el desorden cáustico impide un desarrollo anodino de los grupos sociales.

Centrándonos en el ámbito colombiano, vemos nacer una obra marcada por estas características. Es así como, inmersa en la complejidad que el período de La Violencia en Colombia conlleva, nace en 1963 la obra de Manuel Mejía Vallejo *El día señalado*, la cual aparece marcada por una evidente situación de crisis sociopolítica que afecta, sin piedad, a todos los niveles de la misma. El antioqueño Manuel Mejía Vallejo (1923 – 1998), periodista y profesor de literatura en la Universidad Nacional de Colombia, es, sin lugar a dudas, uno de los escritores más representativos del ciclo de la literatura de La Violencia. No en vano, muchas de sus obras han sido galardonadas con premios de reconocido prestigio, entre las que destacan, *El día señalado*, la novela objeto de nuestro estudio, ganadora del Premio

¹ Entendiendo el concepto de apocalipsis desde un sentido actual, como algo laico, “más histórico que religioso” (Parkinson Zamora 11)

Nadal en 1963; *La casa de las dos palmas*, Premio Rómulo Gallegos en 1988; y *Las muertes ajenas*, mención especial en el premio casa de las Américas en 1979².

El desarrollo de las novelas de Manuel Mejía Vallejo ha tenido lugar en un contexto sociopolítico que ha estado marcado, de manera irreversible, por los trágicos sucesos que han ido asolando, progresivamente, el panorama vital del escritor. Los cruentos enfrentamientos entre liberales y conservadores, la posterior presencia de grupos guerrilleros, la voraz diferencia de clases y la extrema pobreza sufrida por la mayor parte de la población, han sido los grandes generadores de toda una cadena de episodios violentos la cual se constituye como el fruto de los innumerables enfrentamientos fratricidas y odios engendrados que funcionan como una suerte de volcanes activos desde los primeros años de vida de la República Colombiana.

El análisis de la historia de Colombia, desde la aparición de las primeras civilizaciones aborígenes hasta los convulsos acontecimientos políticos que reinan en nuestros días, nos llevan a poder afirmar, de manera más o menos taxativa, que el fenómeno de la violencia se constituye como un elemento antropológico constante en el devenir histórico de dicha sociedad. De esta manera, las guerras civiles, la arbitrariedad, el caos reinante o el progresivo intervencionismo americano, entre otros factores, han dado lugar a toda una maraña de actos violentos que han sido los protagonistas más directos del sufrimiento de sus gentes, del deterioro al que se ha enfrentado el país y, por consiguiente, de la apocalíptica realidad que ha desafiado a los cimientos de su estructura.

Manuel Mejía Vallejo, en una entrevista realizada por Augusto Escobar Mesa, afirmaba: “El hombre es un ser violento por naturaleza y desde el origen”. En ésta indica que este hecho queda corroborado si analizamos el corpus literario mitológico de todas las civilizaciones. Obras de la épica mundial como *el Ramayana*, *El Mahabharata*, *La Odisea*, *La Ilíada* o toda la novela de caballería, constatan este hecho (Escobar Mesa 2000: 405). Y es que, aunque la violencia es una característica intrínseca de todas las culturas que han poblado el planeta, hay que señalar que se ha adaptado y revelado de manera diferente en cada una de ellas. En el continente americano y en Colombia particularmente, la violencia se ha propagado de manera especial haciendo presencia en cada manifestación de la vida cotidiana. Si pensamos en el contexto colombiano podemos afirmar que los hechos histórico-políticos producidos sobre todo a partir de 1948, es decir, la muerte del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, no vienen sino a ratificar esta idea de que la violencia se constituye como un factor integrante y congénito de la realidad nacional colombiana.

Es un hecho evidente que la convivencia entre barbarie y cultura es una constante que puede comprobarse en toda nación (Escobar Mesa 1997: 405). Pero un país como Colombia nos lleva a pensar que dicha relación es, en términos matemáticos, directamente proporcional, es decir, a más violencia, más necesidad

² Además ha destacado por obras como *La tierra éramos nosotros* (1945), *Aire de tango* (1973), *Tarde de verano* (1981), *El mundo sigue andando* (1984), *La sombra de tu paso* (1987), *Los abuelos de cara blanca* (1981). Son importantes también sus libros de cuentos *Tiempo de sequía* (1957), *Cielo cerrado* (1963), *Cuentos de zona contra el muro* (1993) y *La venganza y otros relatos* (1995).

de denuncia, y por tanto, más manifestaciones culturales encaminadas a incursionar en el inconsciente colectivo.

No podemos obviar que esta situación ha marcado el sesgo de la producción literaria generada en Colombia, ya que desde las épocas más tempranas toda una larga serie de autores se ha encargado de plasmar por escrito muertes, guerras, atentados terroristas, masacres, secuestros, que se han erigido como los grandes protagonistas o como telón de fondo de las novelas más representativas de la literatura colombiana contemporánea.

Ante semejante trasfondo, la literatura sostiene una responsabilidad fundamental, ya que además de ser útil para denunciar una determinada realidad, o incurrir de manera más o menos soterrada, nos puede servir como una suerte de termómetro para comprobar el sistema social y el estado por el que atraviesa la sociedad en cuestión.

No debemos perder de vista la brisa escatológica que recorre el ambiente social colombiano desde los años cincuenta. Se avecina, a partir de este momento, un período de crisis total y de transición que va a entablar una enigmática dialéctica con el futuro basada, fundamentalmente, en el binomio escepticismo – esperanza.

Este pensamiento generalizado y extendido va a quedar reflejado en el campo artístico. De esta manera, observamos el surgimiento de una literatura, especialmente a partir de este momento, en el que se produce una proliferación de textos que representan y sintetizan los desajustes de la vida nacional. Esta producción ha sido conocida como la literatura de La Violencia, que refleja lo ocurrido durante el período, también llamado, de La Violencia, que va desde 1948, año del asesinato de Gaitán, hasta 1965, momento en el que aparecen los primeros movimientos guerrilleros revolucionarios.

El fenómeno de la violencia será, por tanto, un elemento constante en la literatura aunque aparecerá de forma e intensidad diversa dependiendo de los escritores y, sobre todo, de las épocas en la que se produzcan las diferentes novelas.

Crisis y apocalipsis en *El día señalado*

El día señalado es la novela más célebre de Manuel Mejía Vallejo. Está realizada mediante cuatro cuentos: “Miedo” (1956); “Aquí yace alguien” (1959); “Las manos en el rostro” (1959); y “La venganza” (1960). Se trata una miscelánea de diferentes composiciones que habían aparecido anteriormente en varias de las obras narrativas del escritor.

La acción de la obra transcurre en Tambo, un pequeño distrito rural del departamento de Antioquia cuyos habitantes, víctimas de los abusos por parte de las fuerzas oficialistas del estado e inmersos en el interior de un fuerte sistema de represión, luchan diariamente para sobrevivir en un ambiente carcomido por la violencia y en un lugar descrito por el autor como “la antesala del infierno” (18). Es la historia de un pueblo corrompido y asaltado por la situación de crisis extrema que

empuja a la sociedad colombiana al borde del abismo, y que impregna de terror, odio y hastío a todos los sectores de la misma.

La obra está articulada en dos ejes narrativos. Por una parte hacemos frente a un plano individual, relatado en primera persona, que narra la historia del protagonista: un forastero dedicado a las peleas de gallos que acude a Tambo motivado por unas fuertes ansias de venganza hacia su padre, Heraclio Chútez, el tirano gamonal del pueblo, debido al abandono de éste a él y a su madre. Tal cacique había dejado el mejor de sus gallos de pelea a la mujer de su futuro hijo como muestra de que volvería, convirtiéndose, así, la vida de ésta en una mera, lenta y agónica pérdida de la esperanza.

Es esta la motivación del anónimo protagonista por acabar con la vida de su padre, ya que, sintiéndose en el interior de una corriente movida por la fuerza del destino, vive por y para su venganza final:

Ese hombre le había dañado su destino, había dañado el mío. Desde que oí por primera vez el canto de los gallos, desde que una voz empezó a contestar dentro como si aquel canto me perteneciera. Tardes y tardes pasó en los corrales espantando la voz, pero el camino estaba marcado: también yo sería gallero (23).

- "Tenía que ser así."

Porque yo estaba marcado. Como los gallos que nacen para matar o para morir peleando. Y no reclamaba. Sabía que alguien torció nuestro camino, que nosotros torceríamos el de alguien, con o sin culpa [...].

- "El día señalado nos veremos frente a frente, y morirá", juré, niño todavía. Y amolaba despaciosamente espolones y cuchillo mientras miraba a cualquier punto (24).

Un segundo plano en la novela hace referencia a la vertiente social del relato en el que se refleja la violencia existente en esta localidad rural denominada como un mundo de "cadáveres dentro y fuera" (192). Éste aparece narrado en tercera persona y recrea de forma verídica la situación político-social de cualquier pueblo en la Colombia del momento.

Es a través del impacto sufrido por el nuevo sacerdote al llegar al pueblo como se nos presenta la naturaleza de los habitantes de los que éste tiene que hacerse cargo, a los cuales:

...los endurecía cierto fatalismo, cierto cariz de éxodo, cierta marca de condenación traducida en apatía frente a los demás, frente a sí mismos. Vivían por vicio, por pereza de morir. Hasta en los niños se notaba una esquividad enfermiza, en todos un miedo con indiferencia, una ruptura de los más puros resortes humanos. El goce de las cosas había quedado atrás (33).

Este plano de la novela refleja la guerra partidista vivida en Colombia. Los guerrilleros del páramo preparan una emboscada a las fuerzas estatales con la hipotética finalidad de acabar con la tiranía en el pueblo. Fundamentalmente, esta línea narrativa reproduce la escena en una zona rural con la finalidad de representar el horror concentrado, sobre todo, en dichas áreas. Durante la época de La Violencia las masacres y las persecuciones, el pillaje, el despojo de tierras y las

violaciones fueron más abundantes y además protegidos por la impunidad en las áreas de provincia.

De esta manera, Manuel Mejía Vallejo inventa Tambo con la intención de simbolizar y denunciar, aunque de manera soterrada, la tiranía de los gamonales, la intolerancia, y la extorsión (Piotrowski 1988: 181).

El narrador hace coincidir ambas historias, es decir, ambos planos confluyen en “el día señalado”, en el que se produce un desafío en las galleras entre padre e hijo, saliendo victorioso éste último que, en el último momento, se compadece y no es capaz de llevar a cabo su venganza y asesinar a su padre. Este es un hecho importante, pues se trata de un cuestionamiento de la situación por parte de Mejía Vallejo, el cual pretende desmontar en el lector esquemas maniqueos sobre el Bien y el Mal, los buenos o los malos, ya que todo este entramado forma parte del defectuoso engranaje del sistema que conforma la sociedad colombiana.

De forma paralela a la riña entre el gallo del padre y el del hijo, se enfrentan los grupos guerrilleros contra las fuerzas oficiales del pueblo las cuales terminan siendo derrotadas. Se produce, así, un doble embate al cacique Heraclio Chútez. Sin embargo, a pesar de esta aparente resolución del conflicto, la novela presenta un final circular en el que encontramos el eterno retorno del mal. Así, el antiguo cacique es reemplazado por un nuevo gamonal, y el forastero, al igual que había hecho su padre, abandona a la madre de su futuro hijo dejando su mejor gallo como prueba de que volvería.

Los prólogos como elementos reforzadores de la violencia

La novela está dividida en tres bloques. Sin embargo, cada uno de ellos está precedido por un prólogo cuya importancia es cardinal para la profundización temática de la misma, ya que éstos dejan a un lado su función tradicional y se constituyen como elementos narratológicos destinados a reforzar e impregnar de desolación esa atmósfera de violencia y crisis que el autor pretende recrear.

Lucila Inés Mena, en su artículo “La función de los prólogos en *El día señalado*” afirma:

Los prólogos pues, tienen una función interpretativa en un nivel individual. Ellos muestran los efectos psíquicos que la violencia produce sobre los individuos. El mayor efecto se nota en la casi imperceptible metamorfosis sufrida por los personajes, que de seres inocentes van convirtiéndose en seres vengativos y llenos de odio. Los prólogos, pues, agregan un nivel más a la estructura general de la novela. Si la historia de Tambo constituye un eje narrativo básicamente descriptivo, los prólogos y la línea que narra el conflicto entre el hijo y el padre contienen un nivel interpretativo (Mena 1980: 25– 26).

El primero de ellos es quizá el más característico de los tres por el hecho de que, a pesar de su aura difusa, se cierra en sí mismo conformando un núcleo aislado. Es, además, aquel que de manera más clara entronca con el argumento posterior de la novela. Cuenta la historia de José Miguel Pérez, un joven, huérfano de padre, enamorado de su guitarra, su prometida y su caballo alazán, que es

injustamente asesinado por las fuerzas oficiales, las cuales, por el carácter anticatólico y guerrillero del protagonista, determinan que éste no pueda ser enterrado en camposanto. Reviviendo el tópico de la Antígona de Sófocles, los amigos de José Miguel Pérez optan por desafiar esta ley. De esta manera, oponiéndose a las tiranas fuerzas oficiales, llevan a cabo el sepelio.

Pero si el primero es el más característico, el segundo de ellos es el prólogo que, de manera más clara, pone en tela de juicio ciertos aspectos de La Violencia. Esencialmente menciona dos temas fundamentales: por una parte el cinismo por parte de las fuerzas estatales que, como Pilatos, se muestran impasibles ante una situación de crisis tan explícita. Todo se desarrolla en torno a una conversación entre el alcalde del pueblo y un ciudadano no especificado, hastiado de “relatar monstruosidades vanas ante [una gran] imperturbabilidad” (95) por parte de su interlocutor. En ella, y entroncando de esta manera con el argumento del primer prólogo, el ciudadano le pide al señor Alcalde que se retomen los expedientes del caso de José Miguel Pérez y que, finalmente, pueda hacerse justicia. Ante esta situación el alcalde, símbolo del despotismo que caracteriza los centros de poder en cualquier sistema político colombiano del momento, reacciona lanzando toda una serie de funestas sentencias que atentan gravemente contra el principio de protección hacia un pueblo que cualquier dirigente debe difundir.

- ¿No es importante la vida de un hombre? – Volvió el otro, que estrujaba el sombrero entre sus manos callosas, abría y cerraba la boca y humedecía los labios cohibido y rabioso. Y paciente. El Alcalde creyó oportuno un cinismo de ensayo para cuando estuviera en la capital:

- Personalmente, no creo que la vida de un hombre tenga importancia.- Se fijó en el efecto de su desplante, se animó-. Al fin y al cabo todo el que nace ha de morir. A veces muere de muerte natural. Pero nacen más de los que mueren. A la larga, mi estimado amigo, la vida triunfa (96).

En segundo lugar, critica uno de los problemas que suponen una de las mayores lacras, incluso, en el panorama actual colombiano. Se trata de la banalización de la violencia, un fenómeno transversal de la historia de Colombia caracterizado por la cotidianidad ante la perpetua convivencia con la muerte a la que llegan los habitantes de la nación ante el aluvión brutal de terror que asola el país.

Si unos meses antes le escocía la conciencia, la costumbre lo hizo impermeable al dolor ajeno, la violencia se fue convirtiendo en un hecho cotidiano al que se acostumbró su moral. Y a punto de ir buscando pequeños argumentos para disculparla y disculparse, llegó a justificarla. El mundo estaba perdido, de todas maneras, y hasta los pueblos civilizados eran crueles... (97).

El tercer prólogo se circunscribe en la historia del enterrador y refleja el trauma que supone el despojo de las tierras y los bienes personales por parte del poder, que además, ha obligado a gran parte de la población a sufrir los indeseables desplazamientos que tan terribles consecuencias han generado en la sociedad colombiana.

Es interesante observar que en la descripción de tal realidad el narrador no abandona en ningún momento los motivos infernales del fuego y las llamas, los cuales encuadran a todo el relato. Mejía Vallejo continua, así, en la estela de recreación de este tono apocalíptico que tratamos de evidenciar:

En la distancia otros ranchos ardían, el viento se cebaba en las llamas, las llamas crepitaban al contacto del frío. Disparos intermitentes espantaban la luz de los cocuyos, tres gritos se quebraron en la cuenca de las manos, ladridos solos se quemaban sobre el humo iluminado. El niño tiritaba viendo sobre la silueta de la cordillera, contra el cielo plumizo, los caballos de viento. El hombre no habría podido expresar su tragedia. Sólo sabía que la tierra era suya y que lo sacaban contra todo derecho (182 – 183).

Nos enfrentamos ante una novela cargada de simbología lo que se constituye como muestra de que ésta se aleja totalmente de la anterior tendencia positivista llevada a cabo en la mayoría de las novelas de La Violencia. Mejía Vallejo supera, de esta manera, los estereotipos y los maniqueísmos dando lugar a una novela abierta, con cierto toque faulkneriano, que incita a la interpretación y a la reflexión por parte del lector.

No podemos obviar la semejanza que la obra de Mejía Vallejo presenta con las primeras novelas sociales de Gabriel García Márquez. Para empezar, el autor antioqueño reproduce para su narración un escenario a la manera de Macondo que, al igual que el Nóbel cataquero, sitúa en tierra caliente. Además, le otorga un nombre ficticio aunque éste, al llevar en su esencia huellas de la violencia, adquiere un valor literario que lo hace ver como real. Desde esta perspectiva, se entremezclan ficción y realidad, uno de los rasgos definitorios más evidentes, como es bien sabido, de la narrativa de García Márquez.

Pero si centramos nuestra atención en la búsqueda de analogías, quizá la más importante recaiga en la similitud que *El día señalado* presenta con *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, el cual, sin duda se puede constituir como una de las más evidentes influencias del escritor colombiano. Partiendo, también, de una sociedad en crisis total, es decir, el México de la Revolución, nace una novela en la que el pistoletazo de salida queda a manos de Juan Preciado, quien, para cumplir una promesa realizada a su madre en el lecho de muerte de la misma, viaja a Comala con la necesidad de vengarse de su padre, Pedro Páramo, al cual pretende asesinar.

En la novela de Manuel Mejía Vallejo encontramos, igualmente, un hijo parricida, un tirano cacique y un pueblo, que, a pesar de estar carente del componente mágico, constituye una metáfora del mismo infierno, en el que sus habitantes, inermes, dominados por el tedio y la aridez del ambiente, están tan próximos a la muerte que pueden antojársenos los fantasmas que pueblan el deshabitado microcosmos rulfiano.

Como venimos recalcando hasta el momento, el rasgo definitorio más especial de *El día señalado* es el grado de simbología que impregna las páginas de la novela. Al contrario de la línea tradicional hasta el momento, tendente a realizar, como diría García Márquez, un mero inventario de muertos, Mejía Vallejo no se limita a reproducir escabrosas y sangrientas escenas de violencia sino que, con la

finalidad de penetrar en el inconsciente del lector de forma mucho más sugestiva y elegante, representa la situación de crisis sociopolítica mediante la exposición de un acertado repertorio de símbolos, alegorías y elementos metafóricos propios del apocalipsis.

Son tres los núcleos temáticos fundamentales a través de los cuales se basa este paradigma metafórico en particular, y la novela de Mejía Vallejo en su totalidad. Éstos son la muerte, presente en todos los niveles, el miedo, producto de la convulsa situación de violencia, y la venganza, fruto de los dos elementos anteriores. Estos tres ejes, además, se erigen como elementos constantes y representativos de todas las sociedades en crisis.

Lois Parkinson Zamora, en su estudio *Narrar el Apocalipsis* indica:

[...] las referencias al Apocalipsis son cada vez más frecuentes y estruendosas. Nuestro sentido moderno del Apocalipsis es más histórico que religioso: la palabra se emplea una y otra vez en referencia a los acontecimientos recientes de orden nuclear, bélico, ecológico, demográfico. Todo lo cual revela claramente nuestra gran capacidad de autodestrucción. [...] Aunque el Apocalipsis se presenta como la interpretación definitiva de la historia, sus innumerables interpretaciones literarias y pictóricas parecen burlarse de la idea misma de una interpretación definitiva (Parkinson Zamora 1998: 11).

Desde este punto de vista *El día señalado* es el reflejo de una caótica realidad al borde del Apocalipsis pero narrada desde una perspectiva laica que se distancia bastante de planteamientos bíblicos. Así, Mejía Vallejo describe la crisis colombiana del momento, mediante la creación de un narrador que se opone y que denuncia las prácticas políticas, sociales e ideológicas de su momento histórico, manifestando, igualmente, su impotencia para modificarlas.

El escritor antioqueño utiliza en su novela toda una serie de símbolos apocalípticos con la finalidad de “dramatizar la relación del individuo, la comunidad y la novela misma con los procesos de la historia” (Parkinson Zamora 1998,11). Para empezar, Manuel Mejía Vallejo, como hemos señalado anteriormente, sitúa a Tambo en zona dominada por el sofocante calor, en un lugar en el que el azote del astro rey, lejos de ser agradable, se instituye como el equivalente de un topos estancado, en el que, “sin viento llegan vahos de largo verano, un olor de cosas en descomposición, de pantanos que se desecan, de animales muertos, de cañas fermentadas, de peces en algún cauce sin agua” (21). Como trasfondo encontramos, por tanto, una atmósfera ardiente y asfixiante que cobra imagen infernal a través de este calor que no cesa.

Otro de los símbolos capitales, queda representado mediante la figura del volcán, alegoría suprema en la novela de la inquebrantable y acechante presencia de la muerte; así como de las amenazas constantes a las que se enfrentan los habitantes de Tambo, en el plano denotativo, y de Colombia, en el connotativo, los cuales pasean cotidianamente por caminos de lava.

El sacerdote vio en el enterrador lo sombrío de los habitantes de Tambo. Quizá influyera la cercanía del volcán, pues equivalía a tener día y noche la

presencia de la muerte. Las casas averiadas o echadas al suelo no habían sido reconstruidas. ¿Para qué si de un momento a otro el volcán arrojaría lava? (43).

Pero la alegoría más jugosa de la violencia la encontramos en la potente simbología que se desprende de las riñas de gallos. Esta tradicional costumbre, llevada a América Latina por los colonizadores españoles se configura en la novela como un microcosmos en el que se ve reflejada tanto la crisis social como la económica o política. Este motivo no sólo ha sido utilizado para la creación de su obra por Manuel Mejía Vallejo, sino que, continuando con las analogías, podemos encontrar significativas equivalencias entre *El día señalado* y *El coronel no tiene quien le escriba* de García Márquez. En ambas novelas, el gallo cobra una importancia sobresaliente al constituir una figura de anhelo para los protagonistas. Mientras que en *El coronel no tiene quien le escriba*, el gallo sería la causa tanto de la muerte como de la esperanza (pues el hijo del protagonista muere en las galleras pero, sin embargo, conserva al animal como la única esperanza económica y como el último vínculo posible con su hijo muerto), en *El día señalado* el gallo es un motivo constante e integral de la tragedia vivida por Tambo (Piotrowski 1988: 232).

(Heraclio) - Los gallos enseñan a vivir, ésa es la vida, la que dice el gallo fino: me matas o te mato (79-79).

Por todo esto, esperanza, venganza, violencia y muerte, pueden ser calificativos idóneos para definir el papel de los gallos en la novela de Mejía Vallejo.

Uno de los logros del escritor en esta novela ha sido el magnífico retrato que ha realizado de los personajes, constituyendo, cada uno de éstos, un símbolo más de las sociedades en crisis que aquí tratamos de dibujar. Comencemos con la figura del protagonista. Se trata, como señalamos al inicio, de un forastero que acude a Tambo con la finalidad de vengar a su madre y a sí mismo mediante el asesinato de su padre. Vemos en este hecho una de las conexiones más evidentes con la imaginería rulfiana. En este punto, Manuel Mejía Vallejo, al igual que hará Juan Rulfo anteriormente con Juan Preciado, retoma el tópico temático del hijo parricida, cuyo antecedente más lejano lo encontramos en el Telémaco buscando a Odiseo propio de la mitología griega (Camacho Delgado 2008: 312).

Este personaje es un claro símbolo de la venganza que recorre el hilo argumental de la novela, así como de las repercusiones que las malas acciones tienen en la sociedad. Si en un plano político las consecuencias de la represión, la extorsión y, en general, las actuaciones negativas por parte del Estado, generan la necesidad de un contraataque entre los guerrilleros del páramo, en el plano más intimista del relato, el abandono sufrido por el gamonal a la madre de su futuro hijo provoca las ansias de venganza del mismo.

Observamos aquí las correlaciones que quedan patentes a lo largo de toda la narración basadas en paralelismos temáticos entre un eje narrativo, aquel que representa la vertiente social y política del relato, y el otro, es decir, la historia en primera persona protagonizada por el gallero anónimo. Esta proyección del mismo mensaje pero mediante maneras diferentes, unas más explícitas que otras, pero

reiterándolo constantemente, es una de las claves del éxito de la novela de Mejía Vallejo.

Retornando a las analogías entre la novela de Rulfo y la del escritor colombiano, fijemos nuestra atención en otro de los personajes-base en esta urdimbre de símbolos. Se trata del cacique del pueblo, Heraclio Chútez, que al igual que Pedro Páramo (Camacho Delgado 2008: 312) se erige como un arquetipo en el que se amalgaman características como la tiranía, la intolerancia, la opresión, pero también la necesidad del apoyo incondicional del ejército, la iglesia y los poderes económicos del pueblo para poder llevar a cabo sus fines (Camacho Delgado 2008: 313).

Centrémonos ahora en la figura del nuevo párroco, protagonista del plano escrito en tercera persona. Se trata, si cabe, del único personaje en la novela que matiza el ambiente desolador del Apocalipsis al que se enfrenta la sociedad de Tambo, otorgando al mismo un cierto tono de esperanza. En primer lugar, la introducción en el relato de dicho personaje, viene a consolidar un binomio de fuerzas antagónicas entre el bien y el mal, entre lo tradicional y lo novedoso, y entre el compromiso y la desidia. Esto es así ya que el padre Barrios, en contraposición absoluta con el papel que, hasta el momento, había llevado a cabo su antecesor, el padre Azuaje, se preocupa por la vida espiritual y terrena de todos sus feligreses, al margen de la clase social a la que estos puedan pertenecer. Así, Mejía Vallejo, tratando de incitar a la neutralización de la violencia social, provocada por la vertiginosa diferencia de clases, crea este personaje que trata con igual cariño a la mujer del alcalde, la hermana del juez o a la prostituta del pueblo, el enterrador o el alfarero. El padre Barrios pone límites a la caída moral y física de Tambo, pues, no sólo, de manera simbólica, trata de reforestar el pueblo, sino que no teme oponerse a las autoridades oficiales: el sargento Mataya, el alcalde y el gamonal del pueblo, los cuales se constituyen como los máximos promotores de la violencia.

Desde esta perspectiva, el padre Barrios encarna la figura del profeta mediante la cual, el sacerdote lleva a cabo un exhortación al pueblo a la acción y a la resolución activa de los conflictos que han sumido a la sociedad en el caos más profundo.

El lenguaje como símbolo de la realidad nacional

Bogdan Piotrowski en su obra *La realidad nacional colombiana en su narrativa contemporánea* señala que ha sido el lenguaje uno de los más claros emblemas de expresión nacional, así, de esta manera, los escritos sobre la Violencia han dado lugar a todo un conjunto representativo de imágenes simbólicas que, en las propias palabras de Piotrowski, forman parte de “un lenguaje especializado del crimen. Un lenguaje que aterrca con su significación monstruosa” (Piotrowski 231).

Si tenemos en cuenta este paradigma alegórico del que hablamos, observamos que las obras de La Violencia cuentan con un común denominador de imágenes que recalcan y fortalecen el ambiente de horror, sufrimiento y desamparo al que se enfrentan los habitantes de Colombia.

Una de las imágenes más repetidas en este corpus es la del entierro. Podemos observarlo en composiciones narrativas como *Los funerales de la mamá grande* de García Márquez, o en *El gran Burundún Burundá* de Jorge Zalamea (Piotrowski 231). En el caso de *El día señalado*, esta imagen puede estar ampliada y reforzada por el personaje del enterrador de Tambo, el cual, por su trágica historia, ya no sólo viene a proyectar la muerte, la injusticia y los crímenes, sino que, además, constituye un fuerte prototipo de la venganza y de la necesidad de resarcirse de un hombre que ha sufrido en su piel la tortura y el asesinato de su mujer y su hija por parte de las fuerzas oficialistas.

En conjunto, Manuel Mejía Vallejo, dibujó a Tambo, este pueblo maldito, como trasunto del momento histórico por el que atravesaba el país. Proyectó su novela con el propósito de evidenciar la crisis motivada por la violencia a la que hacía frente una comunidad social al borde del apocalipsis. Como hemos podido comprobar a través del análisis de la obra, aún en los años sesenta quedaba espacio para los deseos de reforma, los cuales aparecen representados en el relato, sobre todo, por la labor del párroco del pueblo.

Así, el escritor antioqueño escribe esta novela con la finalidad de lanzar desesperadamente la voz de alarma a un sistema, todavía en crisis, pero no irremediablemente inmiscuido en el apocalipsis, a un país “en la antesala del infierno”, pero aún separado sutilísimamente del infierno mismo.

Sin embargo, el final circular que presenta el relato, la sustitución de un gamonal por el que hipotéticamente era portador de la justicia y la perpetuación de manera cíclica de las malas acciones, no vienen sino que a preludiar el principio del fin de tan anhelada esperanza.

Obras Citadas

Arango, Manuel Antonio. *Gabriel García Márquez y la novela de la Violencia en Colombia*. México: Tierra Firme, 1985. Impreso.

Camacho Delgado, José Manuel. “La narrativa colombiana contemporánea: magia, violencia y narcotráfico”. Coord. Trinidad Barrera López. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Cátedra, 2008. 295-318. Impreso.

Escobar Mesa, Augusto. “Reflexiones sobre una y múltiples violencias”. En Escobar Mesa, Augusto. *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*. Vol. 3. Santafé de Bogotá: Universidad central, 1997. 401- 437. Impreso.

---. “Lectura sociocrítica de *El día señalado*”. *Estudios de Literatura Colombiana*. Medellín: Universidad de Antioquia 7 (2000): 20-48. Impreso.

García Márquez, Gabriel. *El coronel no tiene quien le escriba*. Madrid: Austral-Espasa Calpe, 1961. Impreso.

- Mejía Vallejo, Manuel. *El día señalado*. Madrid: Ediciones Destino, 1964. Impreso.
- Mena, Lucila Inés. "La función de los prólogos en el día señalado". *Hispanoamérica: Revista de literatura* 25-26 (1980): 137-146. Impreso.
- Parkinson Zamora, Lois. *Narrar el Apocalipsis. La visión histórica en la literatura estadounidense y latinoamericana contemporánea*. Fondo de Cultura Económica USA, 1998. Impreso.
- Piotrowski, Bogdan. *La realidad nacional colombiana en su narrativa contemporánea. (Aspectos antropológico-culturales e históricos)*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1988. Impreso.
- Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*, Madrid, Cátedra, 2008. Impreso.
- Williams, Raymond L. *Novela y poder en Colombia. 1844-1987*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991. Impreso.